

LA DEDICACION PLENA DEL TEOLOGO

Con motivo de la visita del Papa a Salamanca para dirigir la palabra a representantes de las Facultades de Teología y profesores de Teología de los Seminarios, se programó para el día 2 de noviembre un encuentro entre los que habíamos acudido a aquella cita con Juan Pablo II. Para aquella ocasión se me pidió una breve intervención, como punto de partida de la conversación que deseabamos tener los reunidos; otros dos compañeros tuvieron también intervenciones del mismo tipo. El tema que se me había propuesto era el de las consecuencias prácticas que podía tener la visita de Juan Pablo II para nuestra condición de teólogos, y más en concreto a partir de su discurso del día 1 de noviembre. Evidentemente, la reflexión que se podía hacer sobre este aspecto tenía que ser casi precipitada, ya que entre el discurso pronunciado el día 1 por la tarde, y nuestra reunión de la mañana del día 2 había pasado solamente una noche... De ahí que la intervención consistió simplemente en apuntar algunas reacciones que la primera audición y lectura del discurso había suscitado. Ahora es posible organizar un poco más aquellas primeras impresiones, y, sin apartarme de la orientación y de los elementos indicados aquél día, ofrecer a los lectores de la revista, a petición de la misma, lo que en el encuentro del día 2 de noviembre tuve el honor de expresar ante mis compañeros de las Facultades de Teología.

1. LA «FIGURA» DEL TEOLOGO

«Quisiera que no olvidaséis estas palabras: vuestra misión en la Iglesia es tan árdua como importante. Vale la pena dedicarle la vida

entera». Estas palabras tan incisivas fueron, para mí personalmente, uno de los puntos culminantes del discurso de Juan Pablo II.

Una primera motivación para subrayarlas proviene de su carácter «personal». Los teólogos —como cualquier grupo, en definitiva— necesitamos un cierto reconocimiento de nuestra existencia y de nuestro trabajo a la vez que escuchar palabras de confirmación de la validez de lo que tenemos entre manos. Y las frases de Juan Pablo II sirvieron, en primer lugar, para eso.

Pero, junto a esta primera, legítima, y espontánea satisfacción, surgen los problemas e interrogantes que vienen de la experiencia cotidiana, y muy en concreto de la situación de los teólogos en nuestras comunidades cristianas, en España. Es evidente que toda generalización encierra un peligro de deformación, y que tendemos —casi necesariamente— a enjuiciar las situaciones a partir de nuestra propia experiencia, pero pienso no estar demasiado lejos de la realidad si afirmo que este «dedicar la vida entera» de que habla el Papa no es una actitud fácil precisamente, y apenas posible, en muchos casos.

No es fácil, por varias razones. Dejo a un lado las que provienen de los aspectos más materiales, aunque reconozco que a veces y para algunas personas tienen un peso no despreciable. Por poca experiencia que se tenga del funcionamiento administrativo de las Facultades, se sabe que la economía de estas instituciones es generalmente precaria o casi.

Sin embargo, no es fácil sobre todo la actitud de que hablamos —y reconozco que estoy dando una visión personal de la cuestión— a causa de una cierta indefinición práctica del status eclesial de los teólogos. Algo de esto decía también el prof. Olegario González de Cardedal, en la reunión del día 2 de noviembre de 1982, a la que me he referido al empezar: ¿qué representan y cómo inciden los teólogos en nuestra sociedad? Lo que es problemático en relación con la sociedad, lo es en cierto grado en relación con la comunidad eclesial: ¿qué significa, y cómo incide el teólogo en la vida de la Iglesia? Bien es verdad que no faltan respuestas brillantes a esta pregunta, y las palabras del Papa son suficientemente claras para ser una respuesta válida; pero en el momento en que pasamos a lo concreto, a lo personal, existe una cierta sensación de desfase entre los principios y la

práctica y se experimenta un cierto pudor en presentarnos como «teólogos».

No es fácil la actitud de «dedicar la vida entera» a causa —también— de un elemento nada despreciable en la vida personal del teólogo, común con cualquier otra función social o eclesial: la gratificación personal que se recibe del propio trabajo. Me refiero, claro está, en este momento a la gratificación psicológica. Cada trabajo tiene sus propios condicionamientos, pero creo que no es exagerado decir que el trabajo del teólogo tiene un radio de gratificación psicológica más bien limitado, en comparación con el esfuerzo de silencio y de modestia que supone. Me refiero, directamente, al trabajo de investigación teológica que, en definitiva, es el que merece de una forma más propia para quien lo realiza el nombre de «teólogo». El hecho de tener que vivir necesariamente en un cierto aislamiento y dedicación, atento a las publicaciones científicas de la propia especialidad, con el espíritu dispuesto a nuevas reflexiones y contactos, configura al teólogo —aún siendo presbítero— dentro de un ámbito bastante más limitado de relaciones personales del que pueda tener un párroco, o un consiliario, o un directivo diocesano. Y no creo que los teólogos tengan que abusar de esta dificultad, o agudizarla con aires victimales, pero sí pienso que no deja de tener sentido dejar constancia de ella.

Hay un elemento que hace pasar la cuestión de la dedicación del teólogo desde el ámbito de lo «no fácil» al de lo «apenas posible»: es la actual situación pastoral de nuestras diócesis. Los últimos veinte años han supuesto para las diócesis un desafío extraordinario de renovación en las actividades pastorales, de dedicaciones a problemas nuevos que se traducen en comisiones, delegaciones, vicarías, etc., mientras, simultáneamente, hemos asistido a la desaparición, de entre los efectivos ministeriales, de personas valiosas en preparación científica y pastoral, y de muchos otros presbíteros que habrían aportado en estos momentos su entusiasmo de juventud y primera madurez al trabajo de renovación. Junto a esto, la situación se ha visto agravada para una serie de años al reducirse drásticamente el número de los alumnos en los seminarios y casas religiosas.

Este cuadro, que todo el mundo reconocerá como nada imaginario, hace «apenas posible» la existencia de estos teólogos que dedican la

vida entera al trabajo estrictamente teológico. Es un problema personal el que se nos plantea: ¿podemos olvidar las necesidades pastorales de nuestras diócesis? ¿podemos dejar de ejercer funciones más propias de cuadros directivos diocesanos que de personas dedicadas a la investigación y a la docencia? Y nótese que voy más allá de una cuestión que parece obvia: el teólogo, si es presbítero, no puede dejar de mantener una acción pastoral directa, en un contacto de predicación y de celebración con comunidades de cuya atención pastoral, de alguna forma, se responsabiliza.

El problema que aquí se plantea, además, creo que está solamente en sus inicios, y va a agudizarse en los próximos años. El margen de edad de los actuales profesores y teólogos españoles está netamente por una mayoría de los 45-60 años. Los que piensan que en la actualidad hay un exceso de profesores de teología en las Facultades —opinión que no comparto— pueden imaginar fácilmente que la situación habrá quedado totalmente cambiada en el año 2.000. Para hacerse un poco la imagen del problema, basta constatar por un lado la dificultad que experimentan los alumnos actuales en dedicar muchos años al trabajo de investigación, impulsados por la evidencia de las urgencias pastorales; y por otro lado, es bien conocida la dificultad de los obispos y responsables diocesanos y religiosos en prescindir temporalmente de algunos de los miembros de su presbiterio, o de su seminario, o de su comunidad, para permitirles una dedicación a la preparación especializada. No es una imagen catastrofista la que intento resaltar, sino —a mi entender— una prospectiva evidente, que condiciona e interroga el futuro de nuestra Iglesia en España.

Y, a pesar de todo, «vale la pena dedicar la vida entera a la misión de ser teólogo». Después de estas reflexiones, pienso que resulta claro lo que decía al principio acerca de la impresión producida por estas palabras del Papa. Tanto los teólogos como todos los cristianos —pastores y fieles— debemos concienciarnos en este sentido.

Junto a esto, cabría dedicar una atención prolongada a lo que podríamos considerar un retrato-robot del teólogo en la actualidad, dibujado por Juan Pablo II. A través de las frases del Papa, se dibuja al teólogo como un creyente especialmente empeñado, a partir de su misma fe, en la reflexión del contenido del mensaje cristiano, de una fidelidad profunda y consciente a su situación específica en la Iglesia,

preocupado constantemente por la transmisión y explicación del Evangelio a los hombres del propio tiempo, y, por tanto, con una gran capacidad de creatividad como reacción al proceso circundante del pensamiento y de la praxis. Creo que estas cuatro características —creyente, fidelidad, encarnación, creatividad— pueden quedar apuntadas aquí, sin más comentarios, como un elemento a considerar en otra ocasión. En cualquier caso, como punto de reflexión y examen, y referencia en momentos de interrogante sobre la propia identidad.

2. EL «TRABAJO» DEL TEOLOGO

Los años postconciliares han sido, también para la teología, especialmente arduos y comprometidos, a la vez que apasionantes. Las consecuencias de este hecho las percibimos actualmente, y resulta difícil todavía saber lo que es realmente interesante y lo que necesita ser purificado o rechazado en nuestra metodología.

Creo que la intervención de Juan Pablo II en Salamanca —bastante paralela a la que había tenido ante los teólogos en Alemania, y por esto mismo más indicativa de un hecho eclesial amplio— incluye algunas orientaciones clarificadoras.

Una primera de ellas es la que podríamos denominar «llamada a la concentración temática». Me refiero en concreto a dos párrafos del discurso:

«Ante esta situación (la de la cultura actual, dominada por los métodos y la forma de pensar exclusivamente empíricos) la teología está llamada a concentrar su reflexión en los que son sus temas radicales y decisivos: el *misterio de Dios*, del Dios trinitario, que en Jesucristo se ha revelado como el Dios-amor; el *misterio de Cristo*, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana; el *misterio del hombre*, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada lleva dentro de sí la pregunta irrenunciable del sentido último de su vida. Es la teología misma la que impone la cuestión del hombre para poder comprenderlo como destinatario de la gracia y de la revelación de Cristo».

Y, más adelante introduciendo a una cita del discurso a la Confe-

rencia de Puebla, dice: «El teólogo debe tener siempre presente que el Pueblo de Dios y ante todo los sacerdotes y futuros sacerdotes que han de educar la fe de ese pueblo, tienen el derecho a que se les explique sin ambigüedades ni reducciones las verdades fundamentales de la fe cristiana».

Algo semejante había dicho Juan Pablo II a los teólogos alemanes: «La multiplicidad de las tareas y de las problemáticas, de los métodos y de las disciplinas, viene impuesta por la complejidad y la especialización del saber de hoy. Esto ha permitido conocimientos e intuiciones precisas. Pero existe el peligro de que el número de especializaciones oscurezca eventualmente el sentido y la finalidad de la teología... Todo el entusiasmo del saber teológico debe, en definitiva, centrarse en Dios mismo».

Es evidente que hay una coincidencia de orientación y una misma preocupación de fondo. ¿No vale la pena asumir netamente este interrogante, o, si se prefiere, este desafío?

La organización de las cuestiones, la jerarquía interna de las mismas, la presencia de toda la problemática en orden a una información completa previa a la investigación y necesaria para la docencia, la coherencia de un tema en el conjunto, son elementos que un teólogo sistemático ha de saber proponer después de haberlos reflexionado personalmente. Lo contrario es la desproporción a favor de algunos temas solamente, quizá porque han sido más directamente estudiados, quizá a causa de su novedad y conflictividad, o, simplemente, a causa del interés del momento. La «caída» de los libros de texto, en cuanto libros «unitarios» de teología sistemática quizá sea precisamente un elemento significativo del problema que el Papa presenta a nuestra consideración. Bien es verdad que la respuesta no puede ser un propósito simplista de elaborar, sin más, unos nuevos «textos sistemáticos»; pero el propósito de elaborar y proponer un saber teológico sistemático, internamente coherente, que responda a las características anteriormente anotadas, sí es, sin duda, una buena respuesta en sintonía con la sugerencia pontificia.

La «concentración temática» no excluye en absoluto la atención a la teología fundamental, ni a las cuestiones fronterizas; más bien, en el contexto, se acentúa su importancia. Y ésta es *una segunda* indicación del discurso para el «trabajo» teológico.

El Papa apuesta claramente por una atención intensa a los estudios

filosóficos, especialmente los antropológicos, y por una promoción del trabajo interdisciplinar:

«Si la teología ha necesitado siempre del auxilio de la filosofía, hoy día esta filosofía tendrá que ser antropológica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre de ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico, es decir, como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la vida humana... Se ve así que la teología de nuestro tiempo necesita de la ayuda, no solamente de la filosofía, sino también de las ciencias, y sobre todo de las ciencias humanas, como base imprescindible para responder a la pregunta de «qué es el hombre». Por eso, en las facultades de teología no pueden faltar los cursos y seminarios interdisciplinares».

También aquí hay, en las palabras del Papa, una sintonía con las dirigidas a los teólogos alemanes. Allí, al hablar de la interdisciplinariedad, hizo notar la oportunidad que para ellos representa, en este sentido, la presencia de las Facultades de Teología en la Universidad del Estado.

Desde nuestra situación en España, las observaciones de Juan Pablo II plantean dos interrogantes prácticos.

El primero se refiere a la filosofía: ¿cómo «tratamos» la filosofía en los planes de estudio del primer curso de estudios eclesiásticos? Después de unos años de experiencia de la «Ratio fundamentalis», y de su aplicación diversificada, no estaría de más hacer un análisis del funcionamiento de la misma en las Facultades y en los Seminarios, estudiando muy específicamente el lugar que ocupan realmente los estudiosos filosóficos, el método con el cual se imparten las clases de filosofía, el aprovechamiento que se observa por parte de los alumnos, la incidencia que de hecho tienen para la formación intelectual de los estudiantes, la reflexión «antropológica» que en ellos realizan, la promoción o no de estudios más especializados y la presencia o no de candidatos a los mismos... etc.

El segundo interrogante se dirige a la interdisciplinariedad: ¿cuál es el nivel de capacidad de diálogo interdisciplinar que existe en nuestras facultades? Me pregunto tanto por el diálogo interior —entre las diversas disciplinas teológicas— como por el diálogo exterior —entre la teología y las ciencias humanas—. De nuevo tropezamos aquí

con el tema de la especialización cerrada y reducida, y, en último término, con las posibilidades de formación y dedicación. ¿Por qué tendríamos que conformarnos con la definición del perito como «aquél que sabe cada día más cosas sobre menos cosas»? La deseada conexión bajo alguna forma de presencia, entre la facultad de teología y los estudios universitarios sería probablemente una ayuda; pero pienso que dentro mismo de nuestras facultades tenemos ya unas posibilidades de diálogo interdisciplinar que no hemos explorado todavía.

La tercera orientación del discurso del Papa que querría comentar brevemente se refiere a la situación específica del trabajo teológico en relación con el servicio de la fe, y, por tanto, en referencia al magisterio pastoral y a la profesión de fe de la comunidad.

Esta tercera orientación resulta claramente de todo lo dicho hasta aquí. El teólogo es un creyente creativo, capaz de reflexionar, preocupado por «comprender lo que cree», y por explicarlo a los que, a su vez, «creen para comprender». En este trabajo no está solitario. La fe que le impulsa no es su invento o su gnosis, sino la fe de la Iglesia que comparte y confiesa con toda la comunidad, dentro de las coordenadas de la catolicidad y de la apostolicidad. El servicio que hace comporta, por eso, una instancia interpretativa interna a su mismo objeto, a la cual acepta radicalmente, y con la cual se mantiene en un diálogo constructivo: el magisterio. Simultáneamente, el trabajo del teólogo «participación de la misión profética de la Iglesia» (Juan Pablo II), tiene como destinatario el hombre contemporáneo, y de ahí la urgencia de su conocimiento profundo, en los ámbitos filosófico, cultural, social, político, religioso, económico... De ahí la interdisciplinariedad.

La relación entre pastores y teólogos, entre teología y magisterio eclesial, se ha hecho tópica en el período postconciliar. Las iniciativas de diálogo y de colaboración institucional se han multiplicado, también en España, tanto a nivel de la Conferencia episcopal, como a los niveles más reducidos de las diversas Conferencias regionales. Avanzar eficazmente por este camino, y encontrar la forma más adecuada de servir efectivamente, desde la propia identidad, la fe del pueblo cristiano, es una de las cosas más importantes que podemos desear.

CONCLUSION

No tengo ninguna dificultad en repetir aquí lo que he dicho en varias ocasiones respecto a la visita del Papa a nuestro país: lo mejor de todo fué su proximidad. Y esta proximidad, cordial incluso, afectiva, es una ayuda poderosa para mantener esta proximidad íntima, de corazón fiel, de comunión de planteamientos eclesiales, de diálogo cordial en los escritos y en las reflexiones... El Papa ha presidido *nuestras* celebraciones eucarísticas, se ha dirigido a *nuestro* grupo de teólogos, ha recorrido *nuestras* calles y plazas, *nos* ha saludado. Hemos experimentado físicamente el ministerio de Pedro. Hay un misterio, un elemento sacramental, en esta proximidad. A partir de la fe que acepta la frase de León Magno «In universa Ecclesia Tu es Christus, Filius Dei vivi, cotidie Petrus dicit, et omnis lingua quae confitetur Dominum, magisterio huius vocis imbuitur», buscamos comprender lo que a *nosotros* nos dijo el Papa, para obrar en consecuencia.

PERE TENA
Facultad de Teología de Barcelona
Sección San Paciano